

soledad quereilhac cuando la ciencia despertaba fantasías

prensa, literatura y ocultismo
en la argentina de entresiglos



Índice

[Tapa](#)

[Índice](#)

[Colección](#)

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[1. La ciencia imaginada](#)

[Los nuevos lectores](#)

[El balance del siglo](#)

[Sobre rayos fantásticos y vida interplanetaria](#)

[El mono, espejo del hombre](#)

[El científico: entre el benefactor y el ocultista](#)

[Fin de siglo místico](#)

[2. Ambiciones científicas del espiritismo moderno](#)

[Cruces de frontera](#)

[Llegada y desarrollo del espiritismo en Buenos Aires](#)

[El espiritismo a través de sus polémicas](#)

Argumentos para una fusión utópica: el espiritismo "científico"

1. La teoría de la evolución y el fluido vital inteligente
2. Fotografías de lo espiritual
3. Los rayos X y el "OD": la esperanza ocultista
4. Viajes etéreos: telégrafo, teléfono y telepatía

3. En busca del fantasma de los vivos

Los magnetológicos porteños

Las ambiciones médicas

Una explicación científica para la hechicería

Los precursores de la parapsicología

4. Ecos de Oriente en Buenos Aires

La teosofía como "vanguardia" científica

Un mago negro en Buenos Aires

Las ramas porteñas

Lugones en Philadelphia

5. El origen de una forma

Fantasías razonadas

6. La calaverada espiritista del científico

Las primeras fantasías científicas: entre el darwinismo y el espiritismo

Una sensibilidad lúdica

Fantasmas tangibles

7. Sombras teosóficas en los relatos de Leopoldo Lugones

Los experimentadores ocultistas

Monos, sombras que acechan

Locos iluminados

[El "cosmotexto" de Lugones](#)

[8. El ocultismo estético de Atilio Chiappori](#)

[Una fatal hipnotizadora](#)

[El espiritismo y experimentación estética](#)

[El umbral de la locura](#)

[9. Un cazador de tópicos y efectos](#)

[Narraciones de casos raros](#)

[Fantasías médicas](#)

[Evolución y metempsicosis: monos](#)

[Analogías técnico-espirituales](#)

[Bibliografía](#)

[Bibliografía general](#)

colección
metamorfosis

Dirigida por Carlos Altamirano

Soledad Quereilhac

CUANDO LA CIENCIA DESPERTABA FANTASÍAS

Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de
entresiglos

Quereilhac, Soledad

Cuando la ciencia despertaba fantasías: Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2015.- (Metamorfosis // dirigida por Carlos Altamirano)

Libro digital, EPUB.

ISBN 978-987-629-660-1

1. Ciencia. I. Título

CDD 501

© 2016, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

www.sigloxxieditores.com.ar

Diseño de portada: Eugenia Lardiés

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: mayo de 2016

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-660-1

Para Axel, mi esposo

Agradecimientos

Este libro es resultado de la reescritura de mi tesis doctoral, defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en diciembre de 2010. Entre 2003 y 2009, la investigación fue realizada gracias a las becas doctorales de la UBA y el Conicet, bajo la dirección de Sylvia Saítta, con quien comencé a trabajar cuando aún era estudiante de la Licenciatura en Letras. Sylvia Saítta ha sido desde entonces no sólo la directora de mis proyectos de investigación, sino la persona que más me ha incentivado al trabajo intelectual por el impulso de su propio trabajo, y con quien aprendí que, tanto en la docencia como en la investigación, la rigurosidad y la honestidad son ineludables. Sé que no estoy sola en esta apreciación; muchos colegas de mi generación vemos en ella una auténtica formadora de críticos e investigadores en literatura argentina. A ella va, pues, mi mayor y más afectuoso agradecimiento.

Agradezco también a los coordinadores y asistentes del seminario mensual sobre Historia de las ideas, los intelectuales y la cultura, del Instituto "Dr. Emilio Ravignani" de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), hoy renombrado "Seminario Oscar Terán" en homenaje a quien fuera su organizador hasta el año 2008. Desde 2002, pude presenciar allí las mejores formas de la discusión intelectual, formas que fijaron el horizonte de exigencia al que debía someter mi propio trabajo. Algunos capítulos del libro se discutieron en la reunión de abril de 2011 y gracias a ello pude pensar ciertos conceptos de una forma diferente.

Agradezco, asimismo, a Jorge Myers por su lectura pormenorizada y crítica, y a Miguel Dalmaroni, Fernando Devoto y Adriana Rodríguez Pérsico, integrantes del jurado de tesis, por hacer de la defensa una instancia de aprendizaje.

Va además mi agradecimiento para mis compañeros en las materias de Literatura Argentina II y Problemas de Literatura Argentina (FFyL, UBA), con quienes he discutido aspectos de este libro y con quienes, además, me gusta mucho trabajar: Claudia Roman, Martín Servelli, Marcelo Méndez, Sebastián Hernaiz, Martín Greco, Elena Donato Biocca, Tania Diz, Juan Pablo Canala y Paula Bein. Y a quienes están o estuvieron al frente de las clases teóricas, Aníbal Jarkowski, Eduardo Romano y Beatriz Sarlo, responsables de formas tan sólidas como diferentes de leer la literatura argentina, porque me han enseñado mucho.

Agradezco también a mi padre, Héctor Quereilhac, ingeniero químico y último enciclopedista, por su habilidad para hacer comprensibles al profano las explicaciones sobre los rayos, la licuación de gases o el electromagnetismo. A él le debo la frecuente solución de dudas sobre cuestiones técnico-científicas del siglo XIX durante la escritura del libro y, más atrás en el tiempo, la fascinación por escuchar el *relato* que estos temas despiertan. En igual dirección, agradezco a Victoria Rosato Siri, doctora en biología, por responder con generosidad mis básicas consultas sobre evolucionismo y otras teorías científicas, y a Julieta Calmels, psicoanalista y gran amiga, por sus aportes sobre conceptos y bibliografía de su disciplina.

Finalmente, mi gratitud hacia Mirta Jara Medina por su indispensable trabajo. Y para Axel, León y Andrés Kicillof, mi inmenso agradecimiento por el amor con que, cada uno a su modo, apoyaron el proyecto y me ayudaron a concretarlo.

Introducción

¡Historicemos siempre!

Fredric Jameson, *The Political Unconscious*

El 7 de noviembre de 1880, en las columnas donde solían aparecer noticias sobre casos policiales, fenómenos extraños y anécdotas de alienados, el diario *La Prensa* dio a conocer la historia de una pequeña niña que, noche tras noche, había sufrido el ataque de un extraño “bicho” a través de su almohada: como un híbrido entre el vampiro y la garrapata, el bicho había succionado su sangre hasta dejarla moribunda. Sólo la intervención de una suspicaz criada la había salvado de la muerte, cuando descubrió movimientos dentro de su almohada y extrajo de ella a la bestia desconocida, de “color negro y de grandes dimensiones, de forma redonda y con varias y largas patas”. El episodio, titulado de modo genérico “Un caso raro”, no estaba destinado a destacarse entre los centenares de su tipo que circularon durante las décadas de entresiglos, a no ser por una notable coincidencia futura: en 1907, en el semanario ilustrado *Caras y Caretas*, el escritor Horacio Quiroga publicaría uno de sus mejores relatos, “El almohadón de plumas”, cuyo argumento, en lo esencial, era llamativamente similar a la historia de esta niña. Con algunas diferencias en la trama y con procedimientos propios de la literatura, Quiroga concebiría, un cuarto de siglo más tarde, la misma historia fantástica que un diario de Buenos Aires había considerado una noticia digna de publicación. Quien reparó por primera vez en esta coincidencia fue el crítico Alfredo Veiravé, en un breve artículo de 1966 aparecido también en *La Prensa* (Veiravé, 1976: 209-214). Sin buscar respuesta al dilema casi irresoluble de si el escritor conocía o no esta noticia, Veira-

vé dejó constancia de esta confluencia de argumentos entre la literatura y el periodismo, señalando con ello el espectro de realidad que podía velar, inesperadamente, detrás de una fantasía. Su artículo no buscaba ir más allá de este señalamiento, pero con su acotada intervención despertó el verdadero inicio de este libro.

La pregunta que dejaba abierta su insólito hallazgo era si en la época habrían existido otros cruces entre las fantasías del periodismo y las de la literatura, sobre todo con esos tintes cientificistas propios del "caso raro" de la biología, como el del extraño vampiro de la almohada. Porque lo cierto es que, además de "El almohadón de plumas" de Quiroga, en el período de entresiglos se publicó en la Argentina una importante cantidad de relatos que incluían temas científicos o seudocientíficos desde una perspectiva fantástica y en los que había una constante preocupación por tornar verosímil lo sobrenatural con explicaciones tomadas de las ciencias. En la mayoría de estos relatos, era posible encontrar la inclusión de nombres propios de científicos, de teorías y descubrimientos de la época, así como una localización de la trama en una Buenos Aires reconocible para los lectores; todo ello convivía, claro está, con elementos ficcionales. El interés fue, entonces, investigar si estos rasgos comunes respondían a una tendencia exclusiva de la literatura o si había allí algo que involucraba a la cultura de la época en un sentido más amplio.

Fue en las páginas de diarios, revistas y folletos de muy variada índole, publicados en Buenos Aires entre 1875 y 1910, donde corroboré lo segundo. Había allí no sólo una cantidad desbordante de noticias y pequeños ensayos sobre temas muy similares a los de la literatura fantástica, sino sobre todo, en una dimensión mayor, un amplio mosaico de discursos que conformaron, junto con la literatura, representaciones heterogéneas y fabuladas de "lo científico", en las que convivían las novedades que llegaban desde las academias y universidades con los temas de las ciencias ocultas, el espiritismo y el magnetismo, así como la fascinación por la figura de los "sabios" y las especulaciones acer-

ca de los alcances de sus descubrimientos, vistos como auténticas maravillas seculares. Había allí, en ese conjunto de discursos que no provenían de los ámbitos académicos ni especializados, el vivo testimonio de una *imaginación científica* incentivada, en parte, por el espectacular desarrollo de las ciencias a lo largo del siglo XIX, pero cuyas formas no podían explicarse como un mero reflejo de ese desarrollo. Porque estos textos producidos en ámbitos ajenos a la ciencia eran, no obstante, prolíficos receptores de su discurso, en particular en sus aspectos más proyectivos, que permitían soñar con lo increíble hecho realidad. Se amplió, así, mi objeto de estudio; ya no se trataba sólo de pensar la literatura en relación con otros discursos, sino de rastrear qué ideas e imágenes sobre “lo científico” surgieron de aquellas zonas de la cultura de entresiglos donde no se producía ciencia pero donde, de diferentes modos, se especulaba sobre ella.

Me propuse entonces el estudio de tres ámbitos que intervinieron en la construcción de un imaginario vulgarizado de “lo científico” y que mantuvieron fluidas relaciones entre sí: la divulgación periodística de temas científicos; el ámbito de los espiritualismos con ambiciones científicas, como el espiritismo, la teosofía y la magnetología; y por último, la literatura fantástica de tópico científicista. En estas tres zonas de la cultura de entresiglos fue posible detectar no sólo el fuerte impacto de la producción simbólica de las ciencias, sino auténticos ejercicios de imaginación sobre sus promesas futuras, sobre el bienestar o el tormento que traerían sus resultados y, ante todo, sobre la constante transformación de la idea de lo posible.

En primer lugar, el análisis de periódicos y revistas dirigidos al gran público a lo largo de tres décadas –entre los que privilegié los diarios *La Nación* y *La Prensa*, y el semanario ilustrado *Caras y Caretas*– permitió comprender que la idea de ciencia no era, en ningún sentido, homogénea ni estable, sino que, por el contrario, era un terreno propicio para proyectar la fantasía al ritmo vertiginoso del rubro “novedades científicas”. En los medios de prensa, la línea

que separaba, por ejemplo, los nuevos usos industriales de la electricidad de las por entonces recientes conclusiones sobre la hipnosis, la fotografía del pensamiento o los espíritus materializados era por cierto muy difusa, cuando no ausente, debido a la recurrente perspectiva que celebraba sin distinciones las maravillas de las ciencias. La heterogeneidad de temas que involucraba "lo científico" para el periodismo y el mosaico que estos armaban en las páginas impresas lograba, a un tiempo, informar, entretener y jugar al ensueño social en clave científicista. Asimismo, las recurrentes vacilaciones entre, por un lado, la difusión positiva de los avances del ocultismo y lo espiritual sobre las pertinencias de la ciencia y, por otro, el titeo o la protesta por la ola de misticismo finisecular fueron otra variante de la inestabilidad que afectaba a las categorías de lo real y de lo irreal, sobre todo desde el punto de vista del lector no formado en ciencias.

En segundo lugar, me detuve en el ámbito de los espiritualismos con ambiciones científicas, como el espiritismo, la teosofía y el magnetismo, ámbito que también fue un notable productor de imaginaciones sobre la ciencia, ciertamente rico para detectar las consecuencias impensadas de su fuerte prestigio en la época como forma del conocimiento del mundo. Estas corrientes buscaron desarrollar una validación científica de sus creencias y prácticas bajo la férrea convicción de que el prometedor avance de las ciencias llegaría hasta los terrenos del espíritu y develaría buena parte de sus misterios.

Los años de fundación institucional de estas corrientes, hacia el último tercio del siglo XIX, explican su fuerte ligazón con el discurso de las ciencias. Si bien se podría conjeturar, siguiendo un planteo polarizador, que el rescate de ciertos aspectos de las religiones antiguas respondería a una reacción defensiva frente al avance de la secularización, es cierto también que relegar este fenómeno sólo al terreno de lo religioso hubiese implicado el desconocimiento del verdadero lugar que estas instituciones ambicionaron ocupar en la cultura de su tiempo. Tanto el espiritismo co-

mo la teosofía fueron concebidos por sus fundadores y adeptos con una naturaleza tripartita: se trataba de corrientes espiritualistas con una base religiosa no dogmática (un cristianismo originario “sin Iglesia” en el caso de los espiritistas; una síntesis del nudo común a las religiones de Oriente y Occidente, en el caso de la teosofía); con una base moral y pretendidamente filosófica articulada en la filantropía y la solidaridad humana; y, por último, con una base científica, amparada en la serie de experimentaciones con fluidos espirituales y aspirante a encarnar una nueva ciencia, menos positivista, que incluyera dentro de sus objetos de estudio la dimensión espiritual de la vida. En este último punto coincidían asimismo con los cultores del magnetismo.

Desde mi perspectiva, esta aspiración científica fue la integrante más original de la tríada. Antes que meras reacciones, estas corrientes constituyeron una consecuencia inesperada del cientificismo, una manifestación crítica pero no negadora del valor de la ciencia como forma de conocimiento del mundo y, sobre todo, fueron una de las expresiones más utópicas del siglo acerca de cuán lejos podría llegar la capacidad humana de conocimiento, a tal punto de develar los misterios adjudicados durante siglos al “más allá”. Hacer material el espíritu, correr la línea de lo sobrenatural hacia lo que se especulaba fuese natural, fundar una ciencia que contemplara postulados morales son, ante todo, consecuencias de una férrea fe en los posibles alcances de la ciencia.

Finalmente, el tercer ámbito de la cultura de entresiglos en el que me concentré, y que sin dudas cultivó una forma única y asumida de la imaginación científica, es el de la literatura fantástica consolidada como género en esos años bajo la modalidad de la fantasía científica. Con Eduardo L. Holmberg, Leopoldo Lugones, Atilio Chiappori y Horacio Quiroga surgió una narrativa breve cuyas tramas, por lo general, hilvanaban temas científicos con temas de las ciencias ocultas. En ellos no sólo se extremaba la posibilidad de imaginar otros mundos, otras lógicas, sobre la base de los